

mo los hombres pudieron encontrar cierta elevación en el panteísmo. En sí misma, es soberanamente lastimosa esa tendencia; pero cuando se la compara con las pretendidas religiones clásicas y con los crímenes que canonizan, no se puede rehusar al monismo cierto respeto.

Tal es, según el testimonio de la historia, la marcha que ha seguido la religión. La humanidad comenzó por creer en un Dios vivo, personal, santo, que domina y rige el mundo; pronto descendió á la idea de la pluralidad de dioses, que parecieron unirse tanto más al mundo y desaparecer en él, cuanto más numerosos llegaban á ser; por fin, á consecuencia de todas estas ideas humanas, ó mejor dicho inhumanas, la divinidad se hizo despreciable; como resultado de los innumerables símbolos que hubo para representarla, se convirtió en indiferente y casi ininteligible su naturaleza. Hombre y bestia, árbol y piedra llegaron á ser dioses, y dios se convirtió en hombre y en bestia. Cada uno de estos seres representó al mismo dios; todos eran tan sólo un dios, y ya no hubo dios en ninguna parte. Así se evaporó en el panteísmo, y se convirtió en una ilusión personal, el más confuso de todos los conceptos religiosos, la vida religiosa floreciente y vigorosa en otro tiempo. Se tuvo por todas partes un dios que, sin embargo, no era un dios; y á pesar de eso, aun era preferible ese dios á los dioses que se habían tenido antes. Pero la humanidad recibió un triste presente con el panteísmo. El hombre elevó las manos hacia Dios y se adoró á sí mismo. Según las enseñanzas de esta fe, se hablaba del temor sagrado con que el cielo, la tierra y los hombres deben ser adorados como templo de Dios; después, en lo sucesivo, el horror que inspiran el sapo y la víbora, no fué ya otra cosa que el sentimiento más profundo de una adoración religiosa, y por fin de cuentas, quedaba al ateísmo la última palabra, porque sería difícil decir en qué se distingue de él el panteísmo á menos que sea en ocultar, con palabras que parecen sinceramente lo que la incredulidad neta confiesa con una franqueza que se le debe reconocer.

6. En su origen, todas las manifestaciones de la vida religiosa son más puras que después.—Se necesita cierto valor para exponer estas doctrinas que la sociedad moderna gusta de presentar respecto al origen de la civilización humana, y especialmente de la religión; el hombre debió encontrarse primitivamente en una barbarie animal! ¡su modo de vivir en nada se distinguía del de los animales fieros! ¡La religión, suprema elevación del hombre sobre sí mismo, debió comenzar prosternándose el hombre ante una piedra, implorando á un toro para preservarse de un incendio, dirigiéndose á un gato para el restablecimiento de un hijo en las garras ya de la muerte! Las primeras manifestaciones del instinto religioso debieron ser, que se nos perdone la expresión, una adoración del diablo. ⁽¹⁾ ¡Y llaman ciencia á tal manera de tratar la historia! ¡Y se negaría el diploma de sabio á quien vacilase en repetir tales invenciones!

Contra esos delirios, respecto á los cuales fácil es ver la confianza que merecen, toda la vida religiosa de los tiempos más antiguos, tan lejos como podemos conocerlos, confirma cuán verdadera fué la convicción del paganismo que expresa Cicerón en estos términos: «La antigüedad es vecina de los dioses». ⁽²⁾ Ya Homero decía que el hombre no encontró en sí mismo el conocimiento de Dios y de sus relaciones con él, que la religión nació en el acto de descender Dios hasta el hombre para enseñarle lo que debe creer y cual debe ser la norma de conducta que respecto á Él debe tener. ⁽³⁾

Los paganos conservaron todavía más tarde esa manera de ver, seguramente más noble que el de la ciencia moderna. ⁽⁴⁾ Creían los griegos que esas relaciones de la divinidad con el hombre eran antes mucho más frecuentes, y

(1) Tylor, *Anfänge der Cultur*, II, 330.

(2) Cicerón, *Leg.*, 2, 11, 27.

(3) Nægelsbach, *Homerische Theologie* (2 Aufl. von Autenrieth), 151.—Limbourg-Brouwer, *Etat de la civilisation des Grec dans les siècles héroïques*, II, 512 y sig.

(4) Nægelsbach, *Nachhomerische Theologie*, 159.

hasta habían pasado á ser habituales; en tiempo de los héroes cuyas hazañas describe Homero, eran ya raras constituyendo una escepción; pero en su tiempo, dice con tristeza, habían desaparecido completamente. ⁽¹⁾ Bien sabemos lo que sucedió más tarde.

Sólo indicaremos, de pasada, cuán viva era, en los tiempos más antiguos, la fe de los pueblos en una recompensa de ultratumba, especialmente entre los persas, los indios, los egipcios y los primeros griegos; en otro lugar hemos tratado ya más detenidamente esa cuestión. ⁽²⁾

En los albores de la civilización, se halla también la plegaria; y como no podía negarse el hecho, se trató por lo menos de extender la creencia en una barbarie primitiva y en una purificación subsiguiente. La plegaria, dicen, tenía primitivamente un carácter completamente exterior; el hombre oraba tan sólo para conseguir ventajas personales; fué después, en un estado de civilización más avanzado, cuando el suplicante, para obtener la felicidad, añadió á su petición la de socorro contra el vicio y auxilio en la práctica de la virtud; y entonces la plegaria pudo considerarse como la palanca de la moral. ⁽³⁾

De ser así, bien puede afirmarse que el mayor número de nuestros sabios se hallan siempre en el grado más bajo de civilización, si nunca la necesidad les obliga á orar. Sin embargo, no queremos volver contra ellos esa manera de considerar la oración, porque ninguna relación tiene con la verdad. Sin duda, sabemos que en los autores de la antigüedad clásica pocos pasajes se encuentran en que se pida mediante la oración otra cosa que bienes temporales; pero esos autores solo representan los últimos siglos del paganismo, durante los cuales se aplicaban los hombres á la perfección puramente terrestre y á la perfección exterior, cuidado y atención tanto mayores, cuanto que el ennoblecimiento interior había llegado á serles indiferente.

(1) Nægelsbach, *Homerische Theologie*, (2) 151-155.

(2) *Vol.*, I, 2, 8.

(3) Tylor, *Anfänge der Cultur*, II, 365 y sig.

No era así en los tiempos que les precedieron, lo cual nos da el derecho de llamarlos mejores á la vez que más antiguos. El mismo Tylor, cuyas palabras acabamos de citar, admite que, en la antigua religión de los Incas, en las plegarias de los libros persas y del Rigveda, hay bellos ejemplos de elementos morales. ⁽¹⁾ Se manifiesta eso especialmente en los más antiguos himnos de los indios; se pide en ellos también riquezas, honores, gloria, verdad es, pero aquellas plegarias solo se dirigen á seres sobrehumanos de grado inferior; en cambio, más tarde, cuando Yndra llegó á ser el dios más elevado, no se le pide ya la remisión de los pecados, sino caballos, bueyes, honores, victorias; ⁽²⁾ es Varuna, el dios supremo de los antiguos tiempos, á quien se pide el perdón de los crímenes. ⁽³⁾ Si á otros dioses se dirigen para esto, lo hacen únicamente para que intercedan con Varuna como intermediarios; ⁽⁴⁾ éste es á quien hay que aplacar por la oración y los sacrificios, pues en su mano está la vida de los hombres y del mundo. Su acción invisible, y presente, sin embargo, se manifiesta en todas las situaciones de la vida. ⁽⁵⁾ Tal es el contenido sublime y digno de las antiguas plegarias con que se le honraba, prueba de que, en los tiempos primitivos, la oración era incomparablemente más pura y estaba más impregnada de gravedad moral que en las épocas siguientes.

Entre los asirios se comprueba la misma verdad. Los *Salmos penitenciales* de Babilonia publicados por Zimmern están llenos de una gravedad verdaderamente conmovedora; si hubiéramos podido salvar en mayor número esos antiguos escritos religiosos, todos atestiguarían sin duda lo que dice Pausanias, que los hombres primitivos tomaban con verdadero empeño la adoración de Dios; ⁽⁶⁾ por eso, himnos recientes, los atribuidos á Homero, por ejemplo, más li-

(1) Tylor, *Ibid.*, 374 y sig.

(2) Fischer, *Heidenthum und Offenbarung*, 39, 49 y sig.

(3) *Ibid.*, 32, 35 y sig.

(4) Muir, *Original Sanscrit texts*, V, 46 y sig.

(5) Lassen, *Indische Alterthumskunde*, (2) I, 897 y sig.

(6) Pausanias, 10, 28, 6.

mados exteriormente que los antiguos, están lejos de tener en el fondo igual valor. ⁽¹⁾

7. La decadencia moral está atestiguada por las representaciones simbólicas de los dioses.—Una ojeada á los diferentes modos de simbolizar las convicciones religiosas por representaciones figuradas produce el mismo resultado.

Los primitivos habitantes de Grecia debieron ya de conocer varios dioses. Según hemos visto, los griegos, de la misma manera que los romanos y los germanos, recordaban haber adorado en otro tiempo á un solo Dios; según todas las apariencias, corresponde ese hecho á una época en que no se habían establecido aún en su patria definitiva; pero es claro también que los primeros habitantes de Grecia no hacía tampoco mucho tiempo que conocían sus dioses, pues todavía carecían de nombres especiales para designarlos. Sólo más tarde recibieron de los egipcios, que estaban ya muy abajo en la decadencia, las denominaciones que emplearon después. ⁽²⁾ Con más razón no podían tener, al principio, imágenes de divinidades cuyos nombres ni siquiera sabían.

Es igualmente discutible si en los tiempos antiguos conocían los indios emblemas para representar á sus divinidades; ⁽³⁾ en todo caso los persas no los tenían; ⁽⁴⁾ los mismos egipcios, según testimonios fidedignos, no tenían tampoco imágenes de los dioses al principio. ⁽⁵⁾ Varron dice que los romanos también adoraron á sus dioses sin imágenes durante 170 años. ⁽⁶⁾

Que esto sea una prueba de la pureza y de la elevación mucho mayor de la religión en los primeros tiempos, lo comprendieron los antiguos tan bien como nosotros. ⁽⁷⁾ Á

(1) Pausanias, 9, 13, 12.

(2) Herodoto, 2, 52, 1, 3.

(3) Muir, *Orig. Sanscrit texts*, V, 453 y sig.

(4) Strabón, 15, 3, 13.

(5) Luciano, (*Dea Syra*) 72, 3.

(6) Agustín, *Civ. Dei*, 4, 31, 2; 7, 5; 18, 24. Euseb., *Præpar. evang.*, 1, 9; 9, 6. Clem. Alex., *Strom.*, 1, 15, 71. Plutarco, *Numa*, 8, 9.

(7) Agustín, *Civ. Dei*, 7, 5. Atenágoras, *Legatio*, 17.

los egipcios corresponde el honor, si acaso lo es, de inventar los ídolos; ⁽¹⁾ de ellos, que eran los más aptos entre los descendientes de Caín; de ellos, en quienes seguía viviendo el recuerdo de la destrucción de los antiguos perversos por el gran diluvio, nació, según todas las probabilidades, el paganismo con todos sus errores que el mundo aprendió de ellos también. ⁽²⁾

Pero los egipcios no pasaron más allá de la representación simbólica de los dioses, y al efecto emplearon especialmente figuras de animales. ¿Por qué? Tenían respecto de eso doctrinas secretas, dice Herodoto; ⁽³⁾ esas imágenes de animales eran consideradas como símbolos, no como divinidades, ⁽⁴⁾ aunque, según fácilmente se comprende, la muchedumbre no podía dejar de confundirlos con los dioses; ⁽⁵⁾ no osaron jamás dar á éstos forma puramente sensible, sino que los representaron con cuerpo humano y cabeza de animal, ⁽⁶⁾ á fin de que el espectador no olvidase nunca que se trataba de un símbolo, y que debía elevarse con el pensamiento hacia un ser más alto, que todo lo visible y creado es incapaz de expresar. Casi todos los pueblos les imitaron en esto durante largo tiempo, ⁽⁷⁾ especialmente los asirios. ⁽⁸⁾

Los griegos fueron más audaces, habiendo sido los primeros en representar los dioses en forma completamente humana. No acaban nunca los modernos de glorificarlos por esto y de celebrar las grandiosas consecuencias que de ello resultaron; los antiguos pensaban de otro modo. Á los persas pareció esa idea tan ridícula como blasfemato-

(1) Herodoto, 2, 4, 3.

(2) Diodoro, 1, 9, 6; 13, 2, 4. Luciano, (*Dea Syra*) 72, 2. Ammian. Marcell., 22, 16. Euseb., *Præp. evang.*, 1, 6; 2, 1. Lactanc., 2, 13. Agustín, *Sermo*, 197, 1; *De unico baptismo*, 4, 5.

(3) Herodoto, 2, 65, 2.

(4) Plutarco, *Isis et Osiris*, 74. Euseb., *Præp. evang.*, 3, 12. Olimpiodor., *Vita Ptaton.* (ed. Didot, p. 4, 6).

(5) Plutarco, *loc. cit.*

(6) Herodoto, 2, 42, 2.

(7) Máximo Tyr., 8, 4-8.

(8) Luciano, 72, 2.

ria; ⁽¹⁾ los mejores entre los griegos estaban de acuerdo en decir que era insensata, perniciosa, un verdadero crimen de inconmensurables consecuencias; las expresiones de que Heráclito, ⁽²⁾ Jenófanes, ⁽³⁾ y Platón ⁽⁴⁾ se sirven para juzgar aquel hecho no pueden ser más severas. Pitágoras dice haber visto á sus autores expiar el crimen en los infiernos, colgados de árboles y torturados por serpientes. ⁽⁵⁾

Inútil malgastar palabras para decir que, en su juicio, los antiguos tenían más razón que los modernos; no fué un progreso, sino profunda caída, esa humanización de los dioses. Basta recordar el célebre pasaje impregnado de fina grosería, en que Jacobs expone calurosamente la idea de que, una vez representados los dioses en figura humana, habría sido injusto rehusarles la flor de los humanos goces, dejarlos llegar á los placeres de los sentidos; y en este punto el juicio de los antiguos es más probado que bueno.

En cuanto á los efectos que el ejemplo de tales dioses debió producir en hombres que veían predicados y hasta consagrados por ellos los deseos más bajos, fácilmente podríamos formarnos una idea aunque no nos fuesen descritos muy á menudo con frases pavorosas. Así, por ejemplo, en Eurípides habla la nodriza á Fedro: «Cuanto conocen los escritos de los antiguos y están versados en el estudio de la poesía, saben de qué manera Júpiter se casó con Semele, y cómo la Aurora resplandeciente puso á Céfalos, por amor, en el número de los dioses. Y habitan entre los inmortales. No los huyen, sino que vencidos, sufren su suerte. Querido hijo, haz que cese tu resentimiento; no molestes más á Venus, pues querer ser superior á los dioses no es más que insolencia. Sufre el amor; así lo quisieron los dioses». ⁽⁶⁾

(1) Herodoto, 1, 131, 1.

(2) Diógenes Laert., 9, 1.

(3) Jenófanes, *Fragm.*, 1, 7, 21 (Mullac., *Fragm. philos. Græc.*, I, 101, 102, 105).

(4) Particularmente en el libro X.º de la *Republique*.

(5) Diógenes Laert., 8, 21.

(6) Eurípides, *Hippolyt.*, 451 y sig., 473 y sig.

Esta profunda caída ocurrió relativamente tarde. Toda la antigüedad está de acuerdo en que fueron Homero y Hesiodo quienes provocaron esa transformación en la creencia de los pueblos; ⁽¹⁾ para que prevaleciera, se necesitó, sin embargo, bastante tiempo. Sólo con lentitud se decidió el arte plástico á conformarse con esa innovación tan sospechosa; y cuando se comenzó á representar completamente á los dioses como hombres, se conservó aún por largo tiempo también, no por torpeza como podría creerse, sino deliberadamente, ese estilo hierático, tieso, denominado egipcio ó dedálico. ⁽²⁾ Los griegos no se decidieron á aplicar la más alta perfección humana á la imagen de sus dioses hasta el tiempo en que el fondo moral de su civilización desapareció completamente; pero en la época de los romanos, más religiosos y perseverantes, aun existían, en tiempo de César, las primeras imágenes informes de la divinidad. ⁽³⁾

Es cierto, pues, que el culto de la piedra y de los animales ó, si no agrada esta expresión, que el fetiquismo precedió al politeísmo, á la deificación de los hombres, para hablar con más exactitud. Por consiguiente, sería falso, á lo menos con relación á esto, deducir que una religión más elevada sucedió á una religión grosera.

El fetiquismo propiamente dicho, que considera como verdaderos dioses al trozo de piedra ó de madera, es, en general, más bajo aún que el culto de las dioses griegas. Decimos en general, porque es incontestable que la adoración de una Afrodita y de divinidades semejantes es, moralmente hablando, algo incomparablemente más bajo y más degradante que la adoración de una piedra, que á lo menos no predica los vicios más vergonzosos.

Además, no es tan cierto como se piensa que los salvajes tomen siempre á sus fetiques por los dioses mismos; también ellos son capaces de una distinción entre el em-

(1) Herodoto, 2, 53, 2.

(2) Diodoro, 1, 97, 6.

(3) Mommsen, *Römische Geschichte*, (6) III, 628.

blema y lo que debe representar. Livingstone afirma, hablando de los pueblos del Sud de África, que el culto de los ídolos no se halla entre ellos en sentido estricto. ⁽¹⁾ En el Congreso religioso de Chicago, monumento grandioso de la moderna mezcla de religiones, celebrado en Setiembre de 1893, el profesor Dvivedi afirmó que no temía ser contradicho al declarar que en toda la India no hay nadie que tome la imagen de un dios por el dios mismo. Su correligionario Swami Vivekananda fué absolutamente de su opinión, y dijo que generalmente la imagen no es considerada más que como el símbolo de la divinidad. ⁽²⁾

Admitimos, sin embargo, que se encuentre á menudo el fetiquismo en la más baja acepción de la palabra. Ya en la Edad Media se tomaba los betilos, las piedras sagradas, casi siempre sin duda piedras caídas del cielo, por consiguiente aerólitos, como seres animados enviados por el mismo Dios, ⁽³⁾ y se les dedicaba un culto, que aun en nuestros días no perdió su atractivo, como lo demuestran las peregrinaciones á la Kaba. Pero no podemos admitir que la humanidad haya comenzado por este error, y en cuanto á eso, tiempo es ya de escuchar el testimonio de la historia.

Todavía hoy encontramos pueblos que han descendido hasta el politeísmo, pero que no tienen ni ídolos, ni templos, como sucede en las orillas del Orinoco, ⁽⁴⁾ en Luzón ⁽⁵⁾ y entre los maoris. ⁽⁶⁾ Con más razón no era posible el fetiquismo donde la idea de un sólo Dios, espiritual, santo, no había desaparecido por completo.

Poco á poco la conciencia religiosa declinó cada vez más profundamente; se adoptaron emblemas para representar la divinidad, en Egipto animales, en Grecia bloques y ma-

(1) Livingstone (Martín), *Neue Missionreisen*, 244.

(2) *Review of reviews*, IX, 82.

(3) Filo Biblio, *Fragm.*, 2, 19. Müller, *Fragm. hist. Græc.*, 568, Eusebio, *Præparat. evang.*, 1, 10, p. 37, d.

(4) Humboldt, *Reise in die Äquinochialgegenden*, III, 323.

(5) Hügel, *Der stille Ocean*, 360.

(6) Hochstetter, *Neuseeland*, 468.

deros, ⁽¹⁾ en Roma y otros pueblos de Occidente piedras; pero todo esto no era más que signos sensibles destinados á evocar el recuerdo de la divinidad, que sabían distinguir en las múltiples variaciones.

El peligro de confundir los dioses y sus usos se hizo mayor cuando tomaron figura humana. Aun en los orígenes del paganismo, no se atenían á los símbolos en forma humana, sino á los antiguos, en que era necesario elevar el pensamiento á la divinidad misma. Así los romanos conservaban en el Capitolio, para circunstancias extremadamente graves, aquella piedra sagrada que fué para sus padres emblema de su más elevado dios. ⁽²⁾ Cuando se trataba de un acto religioso importante, ó cuando estaban en juego graves cuestiones, como la prestación de un juramento solemne, con ocasión de tratados, ó la negociación de una paz, no se juraba por los dioses nuevos humanizados; se creía de ellos que habían tomado, con la figura humana, la inclinación de los hombres al engaño, y prestar juramento en su nombre equivalía para ellos á dar las palabras al viento. ⁽³⁾ Antes se tenía de los dioses una idea incomparablemente más seria, cuando se los representaba, no en forma de hombres, sino como seres superiores á los de la tierra, de que sólo se tenía en el fetique un simple emblema. Aunque más tarde se creyó poder prescindir de esto en la vida ordinaria, se acordaron siempre, en situaciones que tenían influencia decisiva, de las divinidades mejores, más verdaderas y más fieles de otro tiempo. Esa era la razón de prestar juramento por *Júpiter lapis* ⁽⁴⁾ como en los buenos tiempos antiguos, y esos juramentos eran considerados como los más sagrados é inviolables de todos. ⁽⁵⁾

Se puede, pues, atestiguar de nuevo que hay diferentes

(1) Hermann, *Gottesdienstl. Alterth. der Griechen*, (2) II, 91, 96.

(2) *Capitolinus lapis*. Agustín, *Civ. Dei.*, 2, 29, 1.

(3) Tíbulo, 1, 4, 21.

(4) Polibio, 3, 26. 6-9.

(5) Aulo Gelio, 1, 21. Cicerón, *Famil.*, 7, 12, 2. Apuleyo, *De deo Socratis*, (París, Didot, 1875), 138, b.